

Prólogo

PENSAR DESDE LOS BORDES: LO POLÍTICO Y SU CLAVE EMOCIONAL

La saturación de la escena contemporánea vuelve cada vez más compleja la tarea de comprender y, especialmente, la de producir un mínimo de inteligibilidad desde el pensamiento crítico. Desgastadas las categorías para nombrar el mundo y, con ello, dotarlo de sentido; arrinconados o desdibujados los saberes críticos por la emergencia y proliferación de “expertos” mediáticos que trazan sin pudor las coordenadas de nuestras catástrofes y orientan los debates en la agenda pública, y de cara a la aceleración de los indicios e indicadores sobre el fracaso incontestable del modelo económico-político dominante, un libro como el de Lauren Berlant es una bocanada de aire fresco y un redoblado impulso crítico para repensar-nos como sociedades.

La lectura del texto de Berlant no es sencilla: hay en su escritura una tensión entre la reposición del contexto al que permanentemente alude (la cultura estadounidense) y el plano abierto de la discusión en torno a la contemporaneidad. A lo largo de las páginas que conforman el libro que el lector tiene hoy en sus manos, no pude dejar de recordar la conferencia que Pierre Bourdieu¹ dictó en la Casa Franco-Japonesa en Tokio en octubre de 1989, a propósito de su obra *La distinción*. Ahí señaló: “al hablar de Francia no cesaré de hablarles de Japón”. Y añadió: “Hablaré de un país que yo conozco bien, no sólo porque en él nací y del que

¹ Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI, 1997.

hablo su lengua, sino porque lo he estudiado mucho: Francia”. El sociólogo coloca a mi juicio varias cuestiones relevantes para discutir con *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo*.

No parece haber en su discurso la prepotencia a veces involuntaria que suele estar presente en el pensamiento eurocentrado que toma como parámetro de análisis universal la realidad empírica de una región o país, sino la preocupación honesta del intelectual por las relaciones entre particularismo y universalidad, entre lo abstracto y lo concreto, y que apela a la necesidad de “sumergirse en la particularidad de una realidad empírica, históricamente situada y fechada para lograr asir la lógica más profunda del mundo” (*ibid.*, p. 25). Así, me parece que, al hablar de los Estados Unidos, Berlant no deja de hablarnos del mundo y de la máquina cultural moderna.

En este sentido, el trabajo de la autora nos coloca frente a uno de los mayores retos para el fortalecimiento de los saberes críticos, sacudidos por los vientos neoliberales que no solamente diluyen el poder de la palabra crítica y el poder interpretativo sino que además tienden a su descalificación en aras de una reingeniería social que busca la maximización del beneficio y los resultados a toda costa: producir un pensamiento “descentrado” como antídoto contra los particularismos obsesivos y las generalizaciones arbitrarias, de los que México y América Latina —región compleja, heterogénea, multidimensional— está saturada.

Su potente instrumental analítico, que apela a la cultura popular, al cine, a los personajes de la esfera pública, a los debates cruciales por el cuerpo ciudadano, a la subordinación de lo femenino y lo infantil, a los modelos de vida buena y la interpelación constante al sentimiento, hace que resulte difícil encasillar su obra en una lógica disciplinaria. Pensadora de intersticios, Lauren Berlant arriesga una hipótesis crucial: la lectura de la esfera pública —no sólo estadounidense—, en clave emocional.

Dice la autora que le interesa ocuparse de “ligar el sentimiento doloroso en la elaboración de los mundos políticos. Me refiero en particular a cuestionar la poderosa creencia popular en la acción positiva de algo que denomino sentimentalismo nacional, una retórica de promesa que una nación puede construir atravesando diversos campos de diferencia social mediante canales de identificación afectiva y de empatía”. De esta afirmación me interesa detenerme en dos aspectos que considero muy relevantes para iluminar, en el sentido benjaminiano, la realidad o eso que llamamos realidad actual.

En primer término, la presuposición —que comparto con la autora—, de la poderosa relación entre la elaboración de los mundos políticos y las emociones como experiencias de articulación de “lo nacional” y de lo identitario. En segundo lugar, la clave transclasista de esta sentimentalidad que tiende a producir la fantasía —en términos de la autora— de la desaparición de las desigualdades y estructuras de clase.

Sobre el primer aspecto, al realizar mi propio trabajo de investigación y producción teórica, encontré una estrecha relación entre lo que Spinoza² llamó “emociones primarias” (miedo, esperanza, ira, felicidad) y la rearticulación social en clave política. La interpelación emotiva para impulsar o frenar proyectos, la centralidad del miedo en la reingeniería nacional frente al enemigo abyecto y peligroso (especialmente a partir del 11 de septiembre de 2001), el desplazamiento de la esperanza hacia un futuro promisorio o un pasado glorioso y, en contraposición, su emplazamiento en actores específicos de la política formal: Pete Wilson en la California de los años noventa, que explotaba el miedo al migrante y se erigía como la única esperanza para contrarrestar la plaga y salvaguardar el estilo de vida estadouni-

² Baruch Spinoza (1977), *Ética. Tratado teológico-político*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, 1977, p. 23.

dense (incluida la protección de empleos), y Álvaro Uribe en Colombia (2002-2010), autopresentado como el “hombre fuerte” capaz de contener la debacle colombiana, entre otros ejemplos posibles; la apelación constante y fantasmagórica a figuras de la disolución y el contagio, homosexualidad, prostitución, delincuencia, etc., y más recientemente la “conmiseración” (que ocupa una buena parte de la reflexión de Berlant) como clave de acción política sin arriesgar la crítica al modelo dominante; o en otras palabras, la instauración de la víctima como sinécdoque del ciudadano, en un complejo proceso de pasteurización que deja fuera de la escena a la agencia.

Cuando Berlant alude en su texto a las figuras del niño explotado, a las esclavas que huyen o interpretan la denuncia, o a los jóvenes (niños, los llama Berlant) protagonistas de la descapitalización en las películas que usa como analizadores en el último ensayo de este libro, revela la trama teórica-emotiva de una máquina cultural que trasciende las fronteras geográficas para instalar una geopolítica de “acción capilar”, en términos de Foucault. Lo que quiero resaltar es que estas “figuras”, que indudablemente poseen anclajes de clase y están históricamente situadas, es decir, no pueden abstraerse de sus dimensiones estructurales, configuran y dialogan con un poder en cascada que emana de los lugares de enunciación sostenidos por el poder propietario, intermediario y productivo de las empresas culturales. Así *La cabaña del tío Tom*, como narración fundacional de “lo estadounidense”, y el trauma de la esclavitud —como diría la propia Berlant—, no agota sus claves de lectura en lo nacional. Aunque su trama esté plagada de guiños y símbolos de ese “particularismo”, su poder interpretativo alude a lo que Alberto Cirese³ llamó lo “elementalmente humano”,

³ Alberto M. Cirese, “Cultura popular, cultura obrera y lo ‘elementalmente humano’”, *Comunicación y Cultura* 10 (UAM Xochimilco, México), 1983.

aquellos espacios intersticiales de contacto simbólico donde concepciones del mundo opuestas, antagónicas, pero no por ello necesariamente violentas, se interconectan, procurando continentes de significación compartida. Y estos continentes se producen en virtud de los sentimientos movilizados.

A través de Cirese podemos acercarnos al segundo punto que interesa discutir: el del efecto fantasioso de lo transclasista, la abolición de la desigualdad, la injusticia y la inequidad, a través de esos sentimientos empáticos. Decía Bourdieu (1997: 11) que “la cuestión de que se habla se da en la situación misma en la que se habla”. El trabajo de Berlant arroja importantes pistas para repensar la situación por la que atraviesa el México contemporáneo, sacudido por múltiples y crueles violencias, marginalidades crecientes y, como ya dije, descapitalización de sus jóvenes y niños.

Entre el conjunto de “transacciones emocionales e instrumentales”, como denomina la autora a los procesos que facilitan la ilusión de la pertenencia, cobra una especial relevancia, en este momento particular, el “discurso del consuelo”, una retórica sentimental que se pretende a salvo de diferencias de clase, de ideologías, de posiciones, y que impregna la escena pública de rituales de contrición, de aflicción, reparación y sanación. Frente a las consecuencias de la llamada “guerra contra el narco”, en la que más de 40 mil personas han perdido la vida, esta sentimentalidad, exacerbada por y desde los medios de comunicación del *mainstream*, no logra incorporar al debate y a un campo de visibilidad los procesos que hacen posible la emergencia de las Rosettas y los Igores⁴ que con tanto tino analiza la autora en este libro.

⁴ Escritas y dirigidas por Luc y Jean-Pierre Dardenn, *La promesse y Rosetta* centran su narrativa en lo que llamo “jóvenes en el borde”, con biografías contingentes y precarias, y que luchan por sobrevivir en un ambiente adverso.

Si en Bélgica la película *Rosseta* dio paso a la emergencia de una ley llamada “Plan Rosseta”, que como cuenta Berlant “obligaba a los empresarios a contratar a belgas jóvenes que, como Rosetta, estaban debatiéndose desesperadamente por lograr meter un pie, a como diese lugar, en la economía cada vez más globalizada”, en México y en otros países de América Latina las muertes reales y simbólicas de miles de jóvenes parecidos a Rosetta quedan obturadas por el discurso de la conmiseración. Pero no hay que llamarse a engaño: ese plan belga no constituye ninguna solución, porque pese a su impulso político no logra atender el asunto nodal: el del fracaso de un proyecto capitalista que condena a los actores a la lucha por la inclusión, la pertenencia y el reconocimiento a cualquier costo. Como dice la autora a propósito de *La promesse*, “se trata también de una historia acerca de las condiciones en las que la fantasía adopta la forma más conservadora en el fondo de tantas estructuras de clase. Los adultos quieren pasarles a sus hijos la promesa de la promesa”. Es decir, la esperanza, esa emoción, de que es posible llegar a un mundo que permanece a salvo de las críticas estructurales y a una posible redención vía el contrato de primer empleo, o bien vía las lamentaciones colectivas.

Rosseta, personaje central de la película del mismo nombre, e Igor, personaje de *La promesse*, operan desde diferentes lugares como un síntoma de lo que Beck⁵ llamaría “soluciones individuales a los problemas sistémicos”, y vuelven visible, así como los movimientos en Túnez, Egipto, España, Francia e Inglaterra, el espectro de esa inclusión, elevadas a rango de paradigma incuestionable la integración y la inclusión en el modelo socioeconómico y político dominante como aspiración normativa y destino manifiesto para los grupos y movimientos marginales que quedaron

⁵ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998.

fuera en el reordenamiento del capitalismo. La pregunta por plantear en todo caso es si estas señales estarían indicando la emergencia de nuevas subjetividades políticas o, por el contrario, se trata de expresiones que, como dice la autora, “tratan de forzar un sentido de obligación en alguien, que tendrá que pasar por el logro de su deseo de reconocimiento y de una forma de vida”.

En este contexto, la pregunta por “lo nacional” —así, entre comillas— resulta crucial, en tanto que los relatos, las formaciones culturales, los símbolos que articulan la escena pública, pueden llevarnos a calibrar el tamaño de los desafíos y, de manera particular, a interrogarnos si estamos frente a un cambio de época y no frente a una época de cambios. Por ello, la estrategia de Berlant, de aproximación oblicua a la política desde lo político, es fundamental.

De cara a la crisis de las instituciones modernas, a lo que parece ser el desencanto de la política y el reencantamiento de la razón sentimental, los discursos que sustentan nuestra cotidianidad pasan por el cine, la literatura, cierto tipo de periodismo, mucho más capaces de hacerse cargo del “corazón” del globo.

ROSSANA REGUILLO